

Panel: Anarquismos na América do Sul

Título: **Los anarquistas y la práctica del atentado en Argentina (1890-1930)**

Panelista: Martín Albornoz (Universidad de Buenos Aires – Instituto de Altos Estudios Sociales/Universidad de San Martín)

Resumen:

El trabajo se propone analizar la práctica del atentado en la sensibilidad anarquista desde finales del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX a partir de sus propios discursos, así como de aquellos que lo tomaron por objeto. Si bien el anarquismo argentino no fue proclive a la propaganda violenta o a los actos de vindicación individual, existieron casos resonantes que invirtieron esa tendencia general. En 1909 el anarquista ruso Simón Radowitzky asesinó al jefe de la policía Ramón Falcón y su secretario Alberto Lartigau. Diecinueve años después el antifascista italiano Severino di Giovanni colocó una bomba en el consulado italiano causando la muerte de nueve personas. Ambos acontecimientos propiciaron una reflexión acerca de la relación medios-fines, las justificaciones del atentado, el problema de la violencia y la moral en la revolución. Finalmente, se repondrán los modos en los que el terrorismo anarquista fue invocado en el contexto de la llamada nueva izquierda de la década los años sesenta y setenta.

Palabras clave: anarquismo/violencia/terrorismo

Los anarquistas y la práctica del atentado en Argentina (1890-1930)

Propósito

El objetivo de este trabajo es analizar algunas formas de la presencia anarquista en la cultura argentina a lo largo de su historia. Estas notas si bien no intentan ser exhaustivas, procuran trazar un panorama para un estudio posterior. La presentación se articula en torno a ciertos interrogantes que podrían sintetizarse de la siguiente manera: ¿cómo es posible que una corriente tan diversa como el anarquismo, quedara irremediamente asociada a una práctica que en particular en Argentina fue minoritaria y que fue activada por un pequeño número de militantes que operaron al margen del movimiento en su conjunto? Considerando que existieron casi tantos tipos de anarquismo como manías puede haber y que en Argentina el movimiento anarquista se volcó desde inicios del siglo XX a la organización gremial de los trabajadores, a la organización de un diverso número de prácticas culturales, la pregunta no carece de relevancia. Asumiendo además que el atentado no fue la única forma de utilización de la violencia por parte de los anarquistas.

A diferencia de los socialistas parlamentarios afiliados al Partido Socialista, los libertarios concebían como inevitable el despliegue de la violencia contra el Estado y el capitalismo, pero esa violencia, que buscaba marcar una ruptura, o una brecha según el lenguaje de la época, no se reducía a la propagación del atentado. Por el contrario, la forma recurrente que asumió la violencia anarquista, provino de las movilizaciones y demostraciones callejeras y de la proposición de la huelga general revolucionaria.

La asociación entre atentados y anarquismo proviene del entrecruzamiento de distintos factores. Elijo cuatro para comenzar a desanudar la temprana asociación entre anarquismo y violencia terrorista, que a la vez determinarán los cuatro momentos de mi disertación.

1. ¿Qué recepción tuvieron, desde finales del siglo XIX, en la “opinión pública” argentina los atentados principalmente europeos? Esta recepción incluye a los propios anarquistas.
2. ¿Qué sucedió cuando en 1909 hubo por primera vez un atentado exitoso contra una figura reconocida del Estado? ¿Qué lecturas hicieron los propios anarquistas de este atentado considerado como inevitable y excepcional.
3. ¿Qué cambió en esa apreciación cuando años más tarde, también por parte de un pequeño sector del anarquismo, se llevaron a cabo una serie de atentados que entrañaban una lectura diferente sobre la violencia como acelerador y condición de la revolución?
4. Una vez que el anarquismo se convirtió en un elemento minoritario dentro de la izquierda y la cultura argentina, cómo fueron repensados e inscriptos en la cultura política de la llamada nueva izquierda de la década del 70.

De las respuestas de esos interrogantes surgirán algunos elementos que permitan pensar cómo impactaron los atentados anarquistas y qué lugar les cabe en la historia argentina.

La preparación

Existen diversos modos de captar el impacto de los atentados anarquistas en la cultura argentina desde finales del siglo XIX.

Una curiosidad es que muchas de estas representaciones que lo asociaron casi directamente al terrorismo pone bombas comenzaron a circular con bastante anticipación a la realización de atentados en Argentina. De hecho, la verbalización del “peligro anarquista”, con matices, tenía mucho peso antes de que el 11 de agosto de 1905 un ignoto anarquista de origen catalán llamado Salvador Planas intentase matar infructuosamente al presidente Quintana cerca de la plaza San Martín. El día después, según el diario *La Nación*, el intento de asesinato se trató de “un suceso, felizmente extraordinario en nuestro país”. Hay que decir además que cuando la prensa, la policía, los jueces que lo condenaron y los propios anarquistas dieron con Planas la desilusión no fue menor. Planas no tenía nada de extraordinario en el sentido de monstruo político: era buen obrero, cumplidor en sus pagos, fructivo, auto-ilustrado, fanático de Cervantes. Tenía algunos rasgos mórbidos como la abstinencia sexual y un corazón contrariado porque su novia lo había dejado. Nada más lejos de un peligro en sí mismo.

Poco importó que Planas desmintiera esa asociación que ya tenía, para 1905, contornos propios y una perdurabilidad a toda prueba. De la mano del ensayo criminológico de corte lombrosiano, del memorándum policial, de la literatura, de los debates parlamentarios o de la prensa comercial, del discurso socialista se forjó una imagen del anarquista como terrorista que no tenía demasiado correlato en el país, donde a partir de principios del siglo XX el anarquismo se volcó principalmente a la organización de los trabajadores y a la forja de una cultura política específica que aún en confrontación abierta con el capitalismo y el Estado nunca desarrolló ninguna forma voluntaria la acción armada, ni mucho menos atentados. Es cierto que a partir de 1901 se hicieron recurrentes los enfrentamientos en manifestaciones (principalmente los 1° de mayo) y huelgas, pero hay que insistir que esos enfrentamientos con las fuerzas del orden (que dejaron numerosos muertos) resultaban de la dinámica de la acción colectiva y de la represiva del Estado. Y sin embargo el anarquismo estaba asociado, muchas veces a la acción conspirativa-terrorista de pequeños grupos o individualidades que buscaban asestar un golpe ejemplar y desde las sombras al orden social en la figura de sus principales representantes, ya sean presidentes, ministros o jefes de policía.

Se pueden destacar dos factores que tuvieron mucha importancia en su momento en la asociación entre violencia política y anarquismo.

El primero de ellos la recepción que tuvo en la Argentina –un país esencialmente formado por una inmigración aluvional reciente– la ola de atentados anarquistas que tuvo lugar en Europa principalmente en los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX. En ese lapso, personas más o menos vinculadas con el anarquismo asesinaron a Cánovas del Castillo (ministro de gobierno de España), Sadi Carnot (Presidente de Francia), a McKinley (presidente de Estados Unidos), a Sissi (emperatriz de Austria) y al Humberto I (rey de Italia). Cada uno de esos atentados, sumados a otros intentos frustrados que incluyeron bombas de dinamita en cámaras de diputados, procesiones religiosas o militares, e inclusive bares, tuvo un fuerte impacto en la prensa comercial argentina llamando la atención, entre otras cosas, sobre el potencial peligro anarquista. Tener anarquistas en Argentina era potencialmente peligroso y en parte La Ley de Residencia de 1902 apuntó a prevenir esa presencia indeseable.

Por poner un ejemplo, el asesinato de Humberto I Rey de Italia, en manos del anarquista Gaetano Bresci, en un país donde la mayor parte de los inmigrantes recién llegados eran de origen italiano, “ensombreció” a la opinión pública. El 20 de septiembre de 1900 el semanario *Caras y Caretas* dedicó un número especial a la cobertura de los homenajes a la memoria de Humberto I en el país. El editorial afirmaba que querían: “evocar el recuerdo de la profunda impresión y de la vibrante sensación de angustia que se esparció por toda la ciudad al saberse que Humberto I, querido y respetado por su pueblo, había sido asesinado por un fanático sectario de ideas subversivas”. En ese número de *Caras y Caretas* se puede ver una corona conmemorativa al Rey, entre las muchas que aparecen, en Concordia Entre Ríos que reza “a Humberto Rey de Italia Víctima inocente del fanatismo ciego de una secta maldita”. Otra de Catamarca sostiene una idea parecida “asesinado alevosamente por un infame sectario fanático”. No importa demasiado si este juicio de congoja colectiva era verdadero o no. Lo que importa es que sirve para ilustrar el impacto que tenía en el país y cómo por esa vía el anarquismo era visto como una secta asesina y con una fuerte propensión al crimen.

El segundo factor para recomponer la relación del anarquismo argentino con los atentados es recorrer su propia prensa. Y ahí damos con una ambigüedad inherente al propio anarquismo que no siendo nunca fue masivamente violento, casi siempre reivindicó (o no condenó) los atentados que tenían lugar en otras partes del mundo. Es más, en un primer momento, que luego se atenuó mucho, no sólo se los reivindicaba, sino que se los alentaba.

Cuando se cumplió un año de que Santo Caseiro asesinara en 1894 al presidente de Francia Sadi Carnot, en represalia por la muerte en la guillotina de otro anarquista célebre (Ravachol), el diario libertario porteño *El Perseguido* exclamó:

Ya pasó un año, y la burguesía cobarde e infame llora todavía (...) llora pensando en la conciencia que el pueblo adquiere cada día porque será esa conciencia la que hará pasar a todos los explotadores por el camino de la muerte. Mientras tanto el pueblo se ríe de la cobardía burguesa, y hoy, mientras la sentimental burguesía conmemora este día con lágrimas y sollozos, mientras esparce incienso sobre su despanzurrado cuerpo, y levanta himnos de gloria, nosotros gritamos fuerte, más fuerte todavía: ¡Viva Caseiro! ¡Viva la anarquía!

Anunciaban también que a la “puta burguesa” “impiadosa” de la mujer de Carnot le esperaba un destino similar.

Algunos años después, si bien no se celebraba ni se recomendaba el atentado, en ocasión del asesinato de Humberto I el periódico *La Protesta Humana*, que estaba en las antípodas del recién periódico citado *El Perseguido* consideraba no iban a llorar como lo hacían las “masas ignorantes” ni las individualidades ilustradas sobre la tumba del Rey muerto. En todo caso ese asesinato era una respuesta lógica, un producto inevitable de lo espantoso que era el mundo burgués. El asesinato del Rey era un

reflejo socialmente determinado por el medio ambiente. Por la vía de esta sociología particular, entonces, los anarquistas hicieron malabares tanto para no condenar ese tipo de atentados, como para no fomentarlos, ya que era la propia sociedad burguesa la que motivaba, y en última instancia explicaba, esos atentados:

Del proceso de la sociedad burguesa resulta que ella misma, con sus privilegios y sus injusticias, arma el brazo de los regicidas. A nosotros, hoy por hoy, nada nos es factible hacer por ella. Es su producto. No tiene más que tragárselo.

Entonces la posición anarquista en sobre los atentados en la Argentina de principios de siglo XX osciló entre estos dos polos. La exaltación temprana o la más sosegada justificación determinista de pretensiones sociológicas. Lo cierto es que los atentados no eran condenados.

No obstante había un acentuado deseo de los anarquistas por desmarcarse de la práctica violenta. Así el importante militante anarquista Gilimón escribió en 1907 un folleto titulado “Los atentados anarquistas” en cual dictaminaba que:

No es posible llamar actos anárquicos a los de aquellos que por indignados, excitados en su sensibilidad por las crueldades y venganzas de algunos mandatarios se resolvieran a atentar contra ellos. Habrá justicia, habrá venganza, todo lo que se quiera, pero el hecho en sí no es anarquista, no va pura y exclusivamente contra la institución gobierno, contra el régimen autoritario; va contra el hombre, contra una personalidad determinada y por lo que hace, más que por lo que representa.

Un punto interesante es que a diferencia de las otras perspectivas sobre los atentados anarquistas, Gilimón destaca que desde las motivaciones tampoco puede sostenerse que los atentados que han tenido lugar puedan ser considerados anarquistas:

En casi todos aquellos casos en que se ha podido investigar el proceso de la vida del autor de un atentado, encontraremos que lo determinaron a la acción otros factores independientes o muy desligados del ideal anarquista, tales como amores contrariados, situaciones económicas desesperadas, persecuciones policiales abrumadoras, enfermedades crónicas, todos factores en fin internos y externos que llevan a otros hombres sin ideas anárquicas al suicidio, tendremos que los titulados atentados anarquistas son en su generalidad recursos de suicidas, monomanías de celebridad, todo menos anárquicos, pues no basta que sea anarquista un hombre para que sus actos puedan titularse anarquistas.

Así las cosas, en su complejidad, para los anarquistas, las determinaciones detrás de un atentado podían ser o bien:

- 1- Celebrables y recomendables (las más tempranas manifestaciones, luego menos corrientes).
- 2- Determinadas socialmente (las más corrientes y que justificaban el recurso al atentado como un reflejo o irrupción que emanaba de la propia violencia social).
- 3- Expresivas de una sensibilidad o mentalidad especial frente a la injusticia del mundo, pero un tanto ajena a un ideal que profesaba la solidaridad y el principio de no-autoridad.
- 4- Intuyo que una preocupación detrás de esto era exculpar al anarquismo de las violencias que se hacían en su nombre. Finalmente, era inevitable que alguien a título individual y movido por la

injusticia del mundo se decidiera atentar contra una figura pública para generar un efecto impactante.

La ocasión de Radowitzky

Este era el clima más o menos cuando el domingo 14 de noviembre de 1909 el anarquista ruso, no muy conocido en los medios locales, Simón Radowitzky, arrojó una bomba (de las que recibían el nombre de japonesas, que explotaban al tomar contacto por un movimiento brusco o choque, los elementos inflamables que la componían) dentro del milord que transportaba al jefe de policía el coronel Ramón Falcón y su secretario privado de 20 años Alberto Lartigau. Como resultado de la explosión y por el efecto atroz de la misma en sus cuerpos ambos morirían en el hospital a las pocas horas. Radowitzky en su huida intentó suicidarse, pero no tuvo la misma puntería contra sí mismo. Hay que decir que Falcón además de ser la máxima autoridad policial en Buenos Aires era particularmente odiado por los anarquistas argentinos, por ser responsable de la masacre del primero de mayo de se mismo año y responsable también de desbaratar la llamada huelga de los inquilinos de 1907. Falcón tenía una inquina particular contra los anarquistas. La lectura de los grandes medios de prensa y de las elites, fue la esperable “criminal atentado”, “bárbaro crimen”, “hecho salvaje”, “cobarde atentado” “acto de barbarie” y tantos otros adjetivos que se orientaban dar un sentido digamos general al atentado. Por primera vez el anarquismo local parecía estar a la altura de las representaciones que se habían hecho de él.

Los medios anarquistas reivindicaron el hecho. *La Protesta* principal medio de prensa libertario, luego de haber estado clausurada por dos meses, tituló sin ambigüedades el 16 de enero: “La ejecución de un verdugo y el miedo de un tirano”. Más detalladamente se proponía narrar el acontecimiento a partir de: “La ejecución del verdugo, el heroísmo del autor, su nombre, cómo sucedió el hecho”. A lo largo de los días subsiguientes se narraron los encarcelamientos, deportaciones y violencias que en general que sufrieron los anarquistas como represalia del asesinato de Falcón, pero nunca dudaron en pensar que el hecho estaba absolutamente justificado. Nadie lo puso en duda ni las motivaciones, ni la nobleza de su autor, ni lo merecido del atentado.

Las justificaciones en general se encuadran dentro del registro señalado anteriormente. Como reacción a las determinaciones sociales, como afectación pasional del espíritu o como venganza mediante el uso de la legítima defensa.

Así, un artículo aparecido en *La Protesta*, desenmarañaba la psiquis de Simón para sostener su inocencia, dentro de la propia lógica de la psiquiatría penal.

Radowitzki ha procedido impulsado por un apasionamiento extra-humano. La indignación producida en el ánimo de ese joven, amante apasionado de una humanidad nueva, en el acto del asesinato policial del 1° de mayo, conmovió la psiquis simpática de ese organismo predispuesto a disturbios sensitivos por circunstancias congénitas y ambientológicas. Esa conmoción condujole a pensar en la misma forma violenta que encarna la conmoción misma. La jactancia misma del agente por la realización del acto considerado delictuoso, prueba el estado morbo de su organismo...

Inocente, incluso, en los términos de sus enemigos, la jerga científica-judicial, no hubo dudas entre los anarquistas que, en parte por sus excepcionalidad, Radowitzky era inocente. Estaba plenamente justificado por el ambiente, por su propia complexión emocional, por la venganza necesaria que debía atronar sobre el verdugo Falcón. Pero lejos estuvo de estimularse dentro de las filas libertarias la utilización del atentado. Incluso podía encontrarse algún texto en el cual se advertía que ni siquiera

debía aplaudirse lo que era un mero efecto del orden social. Falcón de algún modo se había auto-condenado. Santiago Locascio, conocido animador del anarquismo a principios del siglo XX, publicó el 29 de enero de 1910 un artículo titulado “Aplauso o condena” en el que sostenía:

Creemos que el atentado individual es una consecuencia lógica del estado anormal de la vida actual...y si es un producto espontáneo de un ambiente anormal, no creemos en la virtud del que comete el acto, por tanto el aplauso está de más...El atentado individual se justifica y al justificarse no debe entenderse como una declaración partidista, ni debe tampoco condenarse, porque jamás puede impedirse ni fomentarse. Nos hacen reír tanto los artículos apologistas como los condenatorios. En unos se vislumbra la simpleza de los que escriben, en otros la bajeza y el poco entendimiento.

Se puede decir, para cerrar esta primera etapa, tan sucintamente narrada, que la sensibilidad anarquista frente al atentado era de una suerte de justificación general, sin una necesaria teorización de la violencia como no fuera por la vía sociológica o la justiciera (que formaba parte de algún modo de ella). Era un asesinato cruel pero perfectamente orientado al objetivo, sin mayor proyección a futuro y con una claridad notable. El perpetrador se hacía presente y responsable por su acto y con su gesto no hablaba por nadie más que por sí mismo, aunque invocase al “pueblo”. Era tan expresivo en sí mismo que podía permanecer callado la mayor parte del proceso judicial. No burlaba a su destino ni operaba entre sombras. Los dos atentados mencionados, el de Planas contra Quintana y el de Radowitzky fueron al mediodía y ambos intentaron suicidarse. No esperaban que sus “hechoas” fueran un acelerador de la revolución, ni siquiera un estímulo para otros atentados similares. De hecho pasarán años, más de una década, antes de que algo semejante volviera a suceder cuando, en 1923, Wilckens matara a Varela responsable del fusilamiento de obreros patagónicos. Radowitzky encarnaba casi a la perfección lo que Camus denominó “asesinato delicado”. Insisto, la violencia terrorista, contemplada en todo movimiento revolucionario, no tenía para el anarquismo nada jacobina, ni luego bolchevique o foquista, en el sentido Guevarista del término. No generaba condiciones ni objetivas ni subjetivas (en sí mismo) para el advenimiento de la anarquía. Se enmarcaba completamente (a juicio de los propios anarquistas) dentro de la considerada “violencia defensiva”.

Era una especie de violencia acotada. Según Fabbri: “La violencia debe usarse lo menos posible en todos los casos solamente como medio defensivo”. Es evidente que bajo el manto de lo defensivo, ingresan diversas formas de violencia, pero nunca como actividad específica de un grupo o comando, porque entendían, alertados por las experiencias pasadas, como la Comuna de París, que la violencia podía devenir incontrolable y justificar, aún en su heroicidad, represiones mayores, tal como sucedió después del asesinato de Coronel Ramón Falcón. Otra cuestión era de la de los medios y los fines. Digamos que los anarquistas al pretender disolver, en el plano político doctrinario, en lo máximo esa distinción no podían obviar que la utilización de la violencia entrañaba en sí mismo la constitución de una sensibilidad violenta que contravenía los postulados de fraternidad, reciprocidad y amor universal como lazo social liberado.

Volcados como lo estaban a la acción colectiva y a la constitución de formas de sociabilidad alternativa los anarquistas argentinos no se vieron obligados a teorizar ni reflexionar mayormente por algo que en última instancia les era extraño y cuando sucedió, por lo menos hasta 1909, lo encontraban aunque lamentable, justificado.

Segundo momento

Estos problemas volverán a plantearse en la década del 20 con una mayor agudización y en mi opinión es sumamente interesante lo que sucede con el anarquismo. El anarquismo en la década del 20 se encontraba en franco declive. No controlaba ya las principales centrales obreras, vivía en un estado importante de conflictividad interna y comprendía mal los cambios operados en relación con el Estado, con ascenso del radicalismo al poder y las peculiaridades con las que éste afrontó la llamada “cuestión social”. En ese contexto, la aparición rutilante del antifascista italiano Severino Di Giovanni y su grupo, con su raid de asaltos y atentados plantearán al anarquismo (entendido como un movimiento complejo y plural) duros desafíos en lo que al uso de la violencia ofensiva y el atentado se refiere. De los varios atentados perpetrados por Di Giovanni el más urticante fue sin dudas la bomba que colocó la mañana del 23 de mayo de 1928 en el Consulado italiano. Como consecuencia de la explosión del maletín dejado en el subsuelo del consulado en hora pico, con más de doscientas personas haciendo trámites, quedaron en el lugar más de nueve muertos y treinta heridos. El cónsul fascista Italo Capani, presunto objetivo del atentado, resultó ileso, entre otras cosas porque la bomba fue dejada en el extremo contrario a su despacho.

Este fue la saliente más filosa de una serie de atentados que tuvieron lugar en la ciudad. Se trataba de un tipo de violencia novedosa, tanto en lo que hace a sus procedimientos, el tipo de bombas utilizadas, la magnitud de sus consecuencias, por el desconcierto que sembraban tanto en la sociedad como en las propias filas anarquistas. Se sumaba a los atentados, el recurso al asalto de ribetes espectaculares que la naciente industria cultural traducía como si se tratara de una película de acción. Como sostiene la historiadora Luciana Anapios:

La violencia anarquista del período de entreguerras estaba desprovista de una significación intrínseca. Fueron acciones sin un objetivo preciso e identificable, en calles, plazas, manifestaciones, sitios colmados de personas, sin un cuidado especial en la selección de las víctimas. El sinsentido que rodeó a alguno de estos atentados favoreció la identificación del anarquismo con la violencia, la sospecha de infiltración policial.

Como se ha visto el anarquismo argentino, en su etapa de mayor expansión y presencia, jamás había apelado al atentado, aún cuando lo contemplase como una probabilidad. Eran hechos tan excepcionales que sólo podían resultar de la propia sociedad que los engendraba con su violencia y sus injusticias. El caso de Radowitzky era único y operaba por fuera (aunque fuera celebrado) de las estrategias pregonadas por la enorme mayoría de los militantes libertarios. El anarquismo como sistema de ideas quedaba intocado, según esta precepción.

Llegados a este punto, no me interesa tanto la vida de Di Giovanni, ni su raid, ni su aura mitológica, ni nada. Esos detalles son en el mejor de los casos, carne de mala literatura o de prontuario policial. Sí me interesan en cambio los debates que generaron sus atentados, en especial el del consulado italiano.

Creo que es en esta coyuntura donde puede observarse la textura peculiar del discurso anarquista sobre la violencia. Quizás forzados por las circunstancias se vieron obligados a reflexionar sobre la dimensión moral de la violencia, sobre la relación entre medios y fines y sobre el problema de las víctimas, no como efecto residual, sino como elemento inherente a la propia acción violenta.

De hecho, Rodolfo González Pacheco, redactor del periódico *La Antorcha*, para nada sindicable como burócrata del anarquismo, con tono dramático sostenía:

No nos ponemos al margen ni le sacamos el pecho a ninguna sospecha por infame que sea. Nunca podrá herirnos nada tan hondamente como nos hiere y desgarrar la angustia ahora. Quisiéramos ser uno de los despedazados por esa bomba. Si. Haber caído ahí. Ser rotos aventados y revueltos entre escombros y llamas. Y con el último aliento arrastrarnos de rodillas

hasta esa criaturita herida -¡sagrada como mis hijas!- para pedirle perdón por la infamia de los hombres. Y morir jurándole que eso no es la anarquía.

Y se preguntaba: “Pero esta bomba allí, barriendo y despedazando obreros y niños, qué significa entonces? Lo que significa la peste que propagan los podridos a sus hijos y sus nietos. La cosecha de la pudrición moral burguesa”.

Con matices, en todos los sectores vinculados al anarquismo la bomba en el consulado planteó numerosos problemas vinculados con la moral. De hecho, este drama se vincula con un problema que el anarquismo nunca zanjó y que creo que justamente ilumina uno de sus mayores logros: cuál es el medio más adecuado para un fin. Finalmente, ¿es viable esa distinción? ¿Se puede lograr “la soñada tierra del ideal” con una violencia que a fin de cuentas era sólo ofensiva? Los anarquistas intuyeron que las armas que utilizaban los combatientes eran su esencia misma y que no podía haber una mediación tan truculenta entre el denostado tándem Estado y capitalismo y la anarquía. De hecho, los anarquistas no postergaban al mañana el sentido de sus acciones, por lo cual los actos eran o no eran anarquistas en tiempo presente.

Un texto escrito al calor del vendaval desatado por Di Giovanni, también publicado en La Antorcha titulado *Anarquismo y Violencia* explicitaba este problema: “Opuestos al sistema de violencia que rige las costumbres y perpetúa el Estado, los anarquistas expresan siempre su juicio invariable: somos enemigos de la violencia”. Más radicalmente: “negamos la violencia hecha sistema, ya invoque la autoridad o ya un ideal de libertad. En el hábito de la violencia está la raíz madre la autoridad y es preciso reconocer que ese hábito engendra un ambiente de degeneración, en que se hundan las ideas y los hombres”.

Esto me parece interesante, desde la perspectiva del artículo la violencia genera costumbre, acostumbramiento y se expresa en el “histerismo de la acción” y aclaraba que Radowitzky y Wilckens encarnaban la mencionada violencia defensiva: “ellos jamás propalaron la sistematización violenta, no hicieron teoría del atentado. Sus actos obedecieron a un estado de ánimo, jamás a una concepción elaborada ex-profeso”.

Para el periódico *La Protesta* sólo podían comprenderse estos atentados dentro del desarrollo de la mentalidad fascista y bolchevique, pero nunca desde el propio anarquismo.

Perspectivas

La cultura política forjada por el anarquismo con tanto esfuerzo y proporcionalmente con tan pocos atentados en las primeras décadas del siglo pasado o bien se desactivó, o se atomizó, o bien resultó superada por otras opciones, o pudo haber resultado reabsorbida por otras corrientes. No importa en este punto medir los problemas o límites que pudieron haber acompañado su desenvolvimiento, sino la latencia de las preguntas que desplegaron en torno al uso de la violencia. Está claro que siguieron existiendo anarquistas, personas o grupos, pero lo cierto es que su presencia mermó bastante.

Y sin embargo, así como sucedía a principios de siglo XX, en la actualidad la asociación entre anarquismo y bombas pervive de forma intocada. A punto tal que la bomba de mecha sigue adornando grafitis, banderas y periódicos.

El citado Luigi Fabri en un texto publicado en la década del 20, titulado *Influencias burguesas en el anarquismo*, esbozó una respuesta a esa asociación tan duradera - y en parte justificada- entre anarquismo y terrorismo. Fue el surgimiento de cierta literatura extraña al anarquismo que fascinada con las bombas la que dotó de aura al anarquista que ponía bombas. En general, sostenía Fabri, esa literatura provenía de medios burgueses y podían sostener “que importan las víctimas si el gesto es bello”. Como vimos recién esas víctimas sí importaban y mucho, y era imposible justificarlas desde la

propia teoría libertaria. En sus palabras: “Esta especie de literatura es la que ha hecho la mayor propaganda terrorista, una propaganda que en vano se buscará en todas las publicaciones, libros, folletos y periódicos que son verdaderamente expresión del movimiento anarquista”.

Esta literatura tuvo un efecto nocivo, según Fabri, que consistió que muchos anarquistas terminaron por aceptar todo lo que la burguesía quiso atribuir al anarquismo. Es decir, el anarquista violento era una encarnación de lo que la burguesía había visto en el anarquismo y lo paradójico era que los anarquistas parecían, y parecen, encantados con esta idea. En Argentina ha existido este tipo de literatura no tanto como expresión de la sensibilidad burguesa, lo que sea que esto quiera decir, sino más llamativo como expresión del pensamiento de izquierda, principalmente dentro lo que se llamó la nueva izquierda surgida en la década del sesenta y setenta. Como hipótesis de lectura es así que entiendo yo la obra de por ejemplo Osvaldo Bayer, muy valiosa en muchos puntos, pero absolutamente funcional a la vinculación automática entre anarquismo y atentados.

En el horizonte de los años sesenta, fue Osvaldo Bayer quien narró y dotó de una significación un tanto novedosa a los dos momentos de los cuales nos ocupamos en esta charla. Creo que la forma en la que lo hizo fue a la postre problemática y dotó de una nueva dignidad al atentado anarquista en sí. Me parece, quizás a su pesar, que el efecto de su obra simplificó los debates y exaltó, como en el caso de Severino di Giovanni, una tradición un tanto marginal dentro del anarquismo.

El primer trabajo que dedicó al asunto apareció en la revista *Todo es Historia* en el año 1967. Se tituló, “Simón Radowitzky, ¿mártir o asesino?”. El título esconde un problema interesante que tiene que ver con la valoración del asesinato de Falcón, pero el texto no problematiza el asunto. De hecho, luego de novelar y recomponer la parábola vital de Simón Radowitzky Bayer, a propósito de su muerte y como cierre a su escrito reflexiona

Tal vez, al morir, cerré ese capítulo tan extraño y a veces tan inexplicable de los anarquistas que buscaban conmocionar a la sociedad con bombazos indiscriminados...Cosa extraña. Simón R. es de esas apariciones que muestran lo contradictoria que es la vida, el ser humano, la razón misma de ser. Mató por idealismo. ¡qué dos contraposiciones! Lo malo y lo bueno, lo cobarde y lo heroico. El brazo artero que es movido por una mente pura y bella. Pero las interpretaciones no valen aquí. S. R. fue el producto de una época nada más.

Que conste que como hemos visto, más allá de la alharaca, o la alarma, o el entusiasmo, el excepcional atentado de Radowitzky es elevado al rango de “anarquistas que buscaban conmocionar a la sociedad con bombazos indiscriminados”. Por otra parte el drama sin solución expuesto por él mismo (el martirio y el asesinato, la heroicidad y la cobardía), es reducido como en las interpretaciones anarquistas a mera emanación de la época.

Estos pruritos hermenéuticos fueron desatendidos en la segunda obra importante de Bayer dedicada al problema de la violencia anarquista. Aquí la idealidad es plena y se titula sin más *Severino Di Giovanni, el idealista de la violencia*. En ella, Di Giovanni, según él no es tampoco el personaje principal, sino que “el personaje principal no podía ser otro que la sociedad argentina”. Sarmientinamente Bayer invoca a su Facundo para que le dé respuestas sobre la trama histórica argentina. Aún así el libro abunda en consideraciones tales como “Di Giovanni es el significado de la palabra. Realizar la palabra. Acción. La sociedad lo condena porque es la que fija los límites de la palabra”. Así, con ese punto de partida es reconstruido el significado de sus acciones y su posterior fusilamiento durante el gobierno de Uriburu. La valoración de la obra depende del gusto de cada lector. Pero me parece interesante ver, en el contexto de su época, qué apropiación se hacía del anarquismo. Bayer interviene en los debates de la década del veinte y establece una distinción de duraderos efectos en la percepción posterior del drama y en el modo en que esos debates se inscribían en la Argentina de

la década del setenta, que fue la de “anarcobanditismo versus anarquistas de salón”. No hace falta decir de qué lado era bueno o deseable estar. A su vez, la contraposición hecha por los propios anarquistas entre los “atentados limpios” como el de Radowitzky contra Falcón o el de Wilckens contra el coronel Varela y atentados como el del consulado italiano, que he mencionado, Bayer la simplifica como mero hecho de suerte:

La Protesta recurría al ejemplo clásico de los atentados limpios, como el de Wilckens, como el de Radowitzky. Pero esos argumentos, cojeaban en cuanto se los analizaba en profundidad. Ya que estos atentados habían sido limpios o puros porque el diablo no había metido en ellos la cola. ¿Qué habría pasado si a Wilckens le hubiera estallado la bomba en el tranvía y hubiera matado a tres obreritas y a un guarda vendedor de boletos? ¿Y si el tiro que disparó en vez de dar en el cuerpo del verdugo hubieran ido a herir en el ojo de una madre que en ese momento llevaba a sus hijos a la escuela o entraba en la nunca de una niña que iba a buscar el pan? En el caso de Radowitzky, ¿si su bomba en vez de caer bien en el centro del coche del coronel y su secretario hubiera rebotado y explotado en la vereda matando al cochero y dos viejitas que iban a la iglesia?

Bayer razona de este modo y descubre, algo tardíamente que lo que alarmaba a los que estaban en contra de los atentados era el problema de la violencia en sí, ya que “una vez que se ha optado por ella no se sabe jamás si pueden hacer acciones limpias o sucias”. Finalmente se pregunta, si decimos no a la violencia, “¿cómo podía responder el indefenso de abajo a la violencia de un estado omnipotente como el fascista?”. En su preocupación por restablecer la dignidad de Di Giovanni y elevarlo a carácter mítico, en vez de detenerse en esa pregunta, que habría implicado otra lectura del anarquismo, Bayer sigue a fondo y no titubea en afirmar, hablando del Che Guevara, “llegó a ser un héroe indiscutible porque supo jugarse hasta sus últimas consecuencias”. Para él, cito, “Di Giovanni es lo mismo. Las circunstancias no se le dan, tiene mala suerte”. Queda claro que la inscripción de Di Giovanni, y con él el anarquismo, en el horizonte político y cultural de los 70’s, necesitaba de esas simplificaciones. Y ocluir ciertos debates que su figura generó.

Algo parecido pasa con la lectura de David Viñas sobre Radowitzky, a quien dedica el libro *De los montoneros a los anarquistas*, editado también en 1970. En él, por sobre todas las consideraciones de la acción colectiva que caracterizaron al anarquismo de principios de siglo XX, erige el asesinato de Falcón como metáfora de la época. Luego de narrar con intensidad el atentado en sí, Viñas concluye:

Cuando Radowitzky elimina al jefe de la policía, no sólo elige a quien condensa al máximo la violencia del sistema, sino que se convierte en el emergente de inmigración frustrada. Su acto otorga sentido a todo un fracaso sin voz. Y para concluir: con su violencia enfrentada al brillante e inquieto apogeo de la burguesía oligárquica, resulta simétrico, correlativo y complementario de la represión ejercida por la burguesía inaugural contra el Chacho en 1863. En forma simbólica, los anarquistas vengán a los montoneros. Es que a lo largo de un circuito de cincuenta años, los verdugos de la elite empiezan a convertirse en víctimas y su agresividad expansiva en sobrevivencia y repliegue. Por eso la acción aparentemente individual de Radowitzky prefigura, en secreto, la muerte de un sistema.

Las singularidades y los pliegues históricos que funden en una misma línea de sentido que en última instancia uniría desde Chacho Peñaloza, caudillo federal que se opuso a la centralización de Buenos Aires en el siglo XIX, a los militantes de los setentas, devorando en su recorrido a los anarquistas, que

sólo tendrían sentido en función de esa argumentación y como parte del mismo relato. Con similar candidez, hace algunos años la revista *Sudestada* afirma algo parecido al sostener que la burguesía no pudo dormir frente a la amenaza lanzada por Radowitzky.

Insisto sobre este punto, Radowitzky no pretendía, por lo que parece e interpretaron sus coetáneos asumir que su violencia podía trastocar el orden establecido. Podía trastocarlo, podía sacudirlo, podía incluso rectificar el accionar policial, pero no propiciaba, más allá del acto en sí, una instrumentación de la violencia en términos políticos. No porque no fuera revolucionario, algo que estaría fuera de duda, si a alguien le interesase discutir la cuestión, sino porque esa utilización de la violencia era del todo extraña a la tradición política a la que pertenecía. No fue su puntería lo que lo diferenció de Di Giovanni como afirma Bayer, fue la propia intención detrás del atentado. Eso es lo que de algún modo hace que sin trampas literarias la forma en la que los anarquistas problematizaron el uso de la violencia sea irrecuperable en los 70's, salvo que se simplifiquen mucho sus argumentos. De hecho, por la propia deriva de la historia argentina, los anarquistas estaban, en mi opinión para bien, a contramano de lo sucedido en la izquierda argentina de los sesenta y setenta.

Carlos Brocato, para mí el mejor crítico dentro del campo de la propia izquierda marcó en los años 80's esta diferencia, que pasaron por alto muchos intelectuales de izquierda. En su lastimosamente olvidado libro *La Argentina que quisieron*, el mejor el más extremo y temprano análisis sobre la aporía guerrillera señaló que:

La mayor parte de las acciones terroristas de aquellos anarquistas concluía con su detención o con la muerte. Muchas veces lo hacían con una técnica conspirativa elemental y en otras porque de modo deliberado se cumplían a descubierta. La técnica era primitiva en rigor, porque el atentado terrorista debía mostrar concluyentemente la grandeza moral de los que rubricaban de este modo una causa justa...Eran los que en carne y espíritu echaban la bomba de la carroza de la figura odiada y morían en la explosión o quedaban totalmente indefensos para la huida.

También señaló que el problema de la violencia golpeaba dentro del campo de la izquierda el problema de los principios que ponía en juego lo que más afectaba a un hombre de izquierdas en su sentido moral. Para Brocato la experiencia armada argentina de los setentas constataba que fue en ese punto donde la derrota fue más sensible ya que la derrota moral es una derrota que se infringe uno mismo. No extrae sus conclusiones del cálculo de probabilidades ni de la confrontación mentada contra un enemigo. Llegado el caso un triunfo podía devenir una derrota en términos morales y es esa derrota la que los propios anarquistas preveían en la generalización de la violencia, por eso ni aún en los momentos más álgidos dejaron de cuestionarla e incluso, pese a sus ambigüedades, criticarla.